

## REFLEXIONES SOBRE EL “CARÁCTER SOCIAL” DEL MEXICANO\*

Por: Héctor Ceballos Garibay

La “filosofía de lo mexicano” y la reivindicación teórica de una hipotética *identidad* nacional mexicana forman parte del rico legado discursivo del siglo XX. En efecto, algunas de las mentes más brillantes de este país, pienso en Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Jorge Cuesta, Samuel Ramos y los miembros del grupo Hiperion, han aportado consideraciones luminosas y pertinentes, desde muy diferentes perspectivas de análisis, a la apasionante disquisición intelectual sobre si existen o no determinadas “señas de identidad” del mexicano. La mayoría de estas reflexiones, es verdad, han tenido asideros filosóficos de enorme valía, tales como el vitalismo, la fenomenología, el existencialismo, la antropología culturalista y el psicoanálisis. No puedo dejar de mencionar, en este sentido, la provechosa influencia en México del pensamiento de Ortega y Gasset y el magisterio insigne de José Gaos. Además, tanto la condición sincrética de nuestra rica y compleja herencia cultural, alimentada por multitud de pueblos y conformada por tradiciones antiguas y modernas, así como el propio devenir convulso y traumático de una historia patria gestada de cara a la dominación colonialista y el imperialismo extranjero: español, francés y estadounidense, constituyen factores axiales que igualmente explican y justifican el interés incesante de pensadores, poetas y sociólogos por encontrar una caracterización de nuestra “alma nacional”.

Desde la perspectiva que proporciona el naciente siglo XXI, aludo a una cosmovisión necesariamente determinada por el ánimo posmoderno, la globalización planetaria y la expansión de la sociedad mediática, la pregunta acerca de si hay o no una *identidad* mexicana tiene que responderse en forma muy distinta a como la plantearon en su tiempo los maestros antes citados. En primer lugar, hoy en día ya no tienen vigencia filosófica las especulaciones ontológicas que buscan arribar a la *esencia* de un determinado país, nación o Estado. Cualquier tipo de generalización al respecto incurre

en un grave defecto: deja de lado el carácter histórico de cada sociedad concreta, es decir, prescinde de la perenne y vertiginosa mutabilidad de los entornos sociales existentes. Y si al constante fluir y cambiar de las características socioeconómicas y culturales de cada comunidad nacional le añadimos la impronta de la globalización, entendida ésta como la creciente e ineluctable socialización de capitales, tecnología, bienes y, sobre todo, de población migrante de distintas étnias, entonces se hará más evidente lo ilusorio de pretender actualmente fijar de manera absoluta, eterna y ahistórica la supuesta *identidad* de una nación específica, ya se trate del pueblo mexicano o de cualquier otro.

En segundo lugar, si ya en los años cincuenta del siglo pasado, cuando estuvo en boga la “filosofía de lo mexicano”, resultaba problemático el uso y abuso de ciertas generalizaciones, por ejemplo, referirse al *ser* nacional a partir del arquetipo de la altiplanicie central: el mestizo de clase media que vivía en las ciudades, prescindiendo de estudios particulares y de campo sobre las abismales diferencias culturales entre un campesino ejidatario y un empresario industrial o entre un indígena maya y un hacendado norteño, más difícil aún sería tratar de encontrar una *identidad* nacional en las actuales condiciones de un mundo cada vez más colonizado mediante los patrones conductuales del “american way of life” y cuando México, en años recientes, no sólo se integró de manera precipitada y desigual al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, sino que además padece la nefasta e incesante invasión de mercancías chatarra provenientes de China y de los países del sudeste asiático.

Así entonces, teniendo a la vista las consecuencias negativas y positivas de un proceso globalizador ineluctable y omniabarcante, debe evitarse hoy la polarización que caracterizó al debate intelectual entre los nacionalistas y los partidarios del cosmopolitismo a principios de los años treinta, una polémica ríspida que llegó al extremo de las injurias cuando los escritores del grupo Contemporáneos fueron acusados de ser descastados, elitistas, afrancesados y afeminados. Asimismo, debido a las profundas transformaciones sociológicas y tecnológicas de las últimas décadas, hoy

quizá parezca exagerado el furor crítico que emplearon a mediados de los años sesenta los artistas de la Ruptura a fin de rebelarse contra el dogmatismo estético de la Escuela Mexicana de Pintura y la obsoleta “cortina del nopal” que postulaba la divisa “no hay más ruta que la nuestra”.

En estos albores de siglo y milenio, lo más sensato es huir del falso dilema que obliga a escoger entre lo universal o lo nacional. Como bien lo concibiera en su época Alfonso Reyes, no se puede privilegiar la parte sobre el todo, ni viceversa, y menos en un tiempo histórico en donde prolifera la comunicación satelital y por Internet, cuando las epidemias, el ecocidio y el terrorismo rebasan cualquier frontera, justo ahora que se unifican los mercados comerciales, se internacionaliza el derecho penal y se expande la cultura democrática. En tanto que compartimos para bien y para mal tantos asuntos de capital importancia, no queda otra alternativa que aprovechar, en los marcos del multilateralismo político y respetando la soberanía de los Estados, la creciente simbiosis entre lo autóctono y lo extranjero, entre lo nacional y lo universal, entre nuestras raíces originarias y las nuevas y ricas aportaciones que se generan a partir de la interrelación dialéctica de diferentes culturas. En vez de encerrarnos y aislarnos, debemos reivindicar los aspectos positivos de un planeta cada vez más interdependiente y multiétnico, en donde la confluencia benigna de distintas lenguas, tradiciones, artes y saberes paulatinamente se reflejará en el enriquecimiento civilizatorio de la especie humana, un mundo en el cual, gracias a las bondades de la educación y el cosmopolitismo, podrá fomentarse la lucha en contra de la xenofobia y el racismo, al tiempo que se propicia la convivencia pacífica y tolerante de los pueblos.

Asimismo, resulta desacertado suponer que el fenómeno de la expansión tecnológica capitalista a lo largo y ancho del orbe propicia irremediablemente la extinción de los usos y costumbres culturales de cada nación. El ejemplo conspicuo de Japón corrobora que el impresionante desarrollo tecnoeconómico que este país tuvo durante los años ochenta del siglo XX, siempre de acuerdo con patrones de producción y consumo típicamente occidentales, no condujo en ningún momento a la erradicación de sus

formas ancestrales de conciencia y convivencia propios de la cultura oriental nipona. Igualmente puede decirse que la reciente adopción del euro como moneda única en la Unión Europea, para nada ha mermado el acendrado patriotismo de, pongamos por caso, los franceses o los españoles. Tal situación demuestra que las fuerzas productivas de las sociedades no sólo se distinguen por su incesante movimiento progresivo, sino que además la estructura económica guarda una cierta autonomía respecto del mundo ideológico-simbólico (religión, filosofía, arte), el cual se encuentra profundamente arraigado en las comunidades concretas y por ende cambia de manera más pausada y con enormes resistencias de cara al fugaz transcurrir del tiempo. De todas suertes, ni los aspectos loables de la globalización económica ni la modernización política –la adopción de la democracia como forma de gobierno en la mayoría de los Estados- deben ser percibidos como amenazas a la riqueza espiritual y cultural de los distintos países que constituyen la Tierra. Por el contrario, una globalización que sea incluyente, equitativa y que cuente con la participación activa de la sociedad civil mundial bien podría contrarrestar fenómenos funestos como el ultranacionalismo, el fundamentalismo terrorista y las invasiones ilegales y unilaterales de la superpotencia imperial.

No obstante sus múltiples aportaciones y la lucidez de su planteamientos, los textos clásicos del siglo pasado sobre la *identidad* del mexicano giran siempre en torno del trauma histórico suscitado a raíz de la Conquista española y las sucesivas intervenciones militares foráneas, amén de que siempre tienen como telón de fondo la relación ambigua –de amor y odio, admiración y repudio- del pueblo mexicano frente a los “otros”, los extranjeros. De este modo, obras cimera como *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos, *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz, *Análisis del ser del mexicano* (1952), de Emilio Uranga, *Fenomenología del relajo* (1966), de Jorge Portilla, entre otras, manifiestan un mismo talante discursivo: hacer el análisis crítico y autocrítico, desde diferentes perspectivas teóricas, de situaciones psicosociales tales como el “complejo de inferioridad” (Ramos), la “insuficiencia” (Uranga), la “soledad” (Paz) y la “irresponsabilidad” (Portilla) del “alma del mexicano”.

Se trata, como es evidente, de elucidaciones intelectuales que ponen el énfasis en los aspectos negativos de la *identidad* nacional, en sus rasgos psicopatológicos, razón por la cual han sido consideradas por otros intelectuales como visiones denigratorias, sin que por ello se desconozca su innegable brillantez conceptual y sus atinadas propuestas para superar los déficits en cuestión.

A pesar de las críticas que puedan hacerse a estas teorías acerca de “lo mexicano”, aún ahora uno se queda agradablemente asombrado debido a la perspicacia y vigencia de algunos de sus planteamientos: el sentimiento de inferioridad de los mexicanos ante lo extranjero, la tendencia a imitar idolátricamente lo europeo o estadounidense, el recurso de ponerse la máscara y el disfraz como forma de esconder las limitaciones sociales e individuales, la bravuconería machista en tanto que subterfugio de la autodevaluación personal, la utilización de la hipocresía y la demagogia para triunfar y luego oprimir a los débiles, la actitud de relajación y disipación a manera de eludir las múltiples responsabilidades de la vida. Incluso tratándose de las aseveraciones que resultan más problemáticas, por ejemplo la elucubración de Octavio Paz sobre la perenne orfandad del mexicano, su laberíntica soledad ancestral, afirmaciones difíciles de corroborar empíricamente en un pueblo tan arraigado a lo familiar y a lo comunitario como es el nuestro, más que por su veracidad histórica o antropológica, todavía hoy los lectores nos deslumbramos ante el aliento metafórico y la belleza de la prosa poética que despliega nuestro premio Nobel en su célebre ensayo. (En su comentario crítico a la tesis de Paz, Samuel Ramos puntualiza que más que ser un estigma o una desdicha, la supuesta soledad del mexicano debía ser considerada, sobre todo de cara a la actual sociedad de masas, como un privilegio propio de los artistas, los filósofos y los místicos.)

Para evitar las generalizaciones esencialistas, sería preferible no utilizar la noción de *identidad*, demasiado cargada de resonancias ahistóricas y fatalistas. En su lugar, el concepto de “carácter social” empleado por Erich Fromm en sus investigaciones, me parece más conveniente y certero, pues al mismo tiempo que permite fijar algunas constantes particulares de las diferentes culturas analizadas (su economía, folclor e

idiosincrasia distintivos), también resulta más dúctil como instrumento comprensivo capaz de asimilar los sucesivos cambios sociales y espirituales que de manera lenta o rápida acontecen en el devenir de los pueblos. El objetivo pasa a ser, entonces, conocer el “carácter social” específico de cada comunidad, sus rasgos sociohistóricos prototípicos, sin perder de vista tanto las transformaciones civilizatorias en ella acontecidas como las semejanzas que por fortuna y en tanto que especie compartimos con el conjunto de la humanidad: la capacidad racional, el anhelo de justicia y libertad, y la tendencia natural hacia la invención artística.

Y si la “filosofía de lo mexicano” y los ensayos concomitantes reflexionaron en torno a los rasgos de carácter más problemáticos y hasta oprobiosos de nuestro hipotético “ser nacional”, es tiempo ya que alguien estudie con la misma brillantez y buena fortuna las características positivas y halagüeñas que también descuellan en la praxis histórica y cotidiana de los habitantes de estas tierras. Dicho de otra manera, cuando pensamos en el imaginario social prototípico de este país, no deberíamos tener en mente sólo a los estereotipos trillados y desgastados: la Malinche asociada a la imagen de la traición, la chingada vista como la mujer violada y profanada, o el “peladito” identificado con el sujeto resentido y devaluado. En esta misma lógica de reivindicación de nuestra autoestima, sería imprescindible que comencemos a referirnos menos a las consabidas “señas de identidad” denigrantes: el don nadie, el imitador acomplejado, el macho golpeador, el relajiento irresponsable, el hipócrita, el flojo, el resentido, el mandilón, el malinchista, el misógino, el arrivista demagogo, el oportunista corrupto, el padrote, el que se comporta servil frente al jefe y déspota con los de abajo. ¡Basta! ¿Por qué, para ser justos y parejos con nosotros mismos, no mencionar igualmente algunas de nuestras cualidades como pueblo específico? Por ejemplo: la infinita capacidad de genio e ingenio, la destreza manual y la versatilidad a la hora de aprender múltiples oficios, el gran sentido del humor y la fascinación por la fiesta, el despliegue de la ironía y el amor a lo lúdico, la sensibilidad a flor de piel y la búsqueda del apapacho, la habilidad para inventar e improvisar, el disfrute intenso de los colores y los sabores, la vocación

nostálgica y el regodeo en la melancolía, y, muy particularmente, nuestra probada solidaridad con los caídos en desgracia. Sobre este último punto, baste mencionar el abrazo fraterno y el auxilio mutuo e incondicional de la gente cuando los sismos de 1985 en la ciudad de México.

Si bien me he manifestado contrario a fijar una *identidad* nacional del mexicano o de cualquier otra etnia, sí reconozco en cambio que los pueblos tienen determinados rasgos de carácter, ciertas tendencias y constantes culturales prototípicas de su ser histórico, lo que no significa que éstas se vuelvan manifestaciones eternas y exclusivas de dichas comunidades. Este planteamiento no obedece únicamente a consideraciones de orden teórico o filosófico, igualmente conlleva un postulado ético-político: la apuesta optimista de que, paulatinamente y gracias a las bondades tanto de la educación como del sincretismo civilizatorio, los mexicanos podamos debilitar la presencia de los aspectos denigrantes antes aludidos, al tiempo que logremos el fortalecimiento de las conductas plausibles aquí enumeradas. Más aún, y en esto me sumo a la propuesta bienhechora que hiciera Samuel Ramos en su afamado texto, los mexicanos tenemos que buscar la *autenticidad* como parte trascendental de nuestro proyecto de vida. Asimismo debemos dejar de sentirnos inferiores ante los extranjeros y frente a lo desconocido. “Nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos”, advirtió la voz humanista de Alfonso Reyes. Sin duda: el difícil proceso de quitarnos el disfraz, el complejo reto de ya no volver a usar esas grotescas máscaras que escondían nuestros complejos individuales y sociales y adquirir seguridad como comunidad requieren, en estos globalizados tiempos del siglo XXI, de un elemento adicional y complementario: asumir y reforzar cívicamente nuestros más nobles valores propios, provengan de un origen indígena o hispánico, sean producto del mestizaje, antiguos o modernos. Esta ardua y urgente tarea de revaloración histórica y de renovado autoconocimiento como entidad nacional peculiar –ciertamente México ha sido y es un país saturado de luces y sombras- no implica, antes al contrario, dejar de admirar o rehuir el aprendizaje crítico de aquellos

atributos distintos a los nuestros que florecen en todos los confines y en las más diversas culturas que pueblan el planeta.

\* Ponencia para el IX Coloquio Nacional del Seminario de Cultura Mexicana.

A 11 de noviembre del 2003, Sés Jarháni, Uruapan, Mich.